

La República 8/8/02 p. 18

CANTERA



MACARENA
BARAHONA RIERA

Todos los días vemos en la publicidad comercial como el cuerpo femenino es utilizado para fortalecer la imagen de un objeto o mercancía que se promociona. Las nalgas acompañan una música, un tractor, unas tijeras de podar; los senos, siempre víctimas de retorcidas alucinaciones, son acomodados entre colonias para hombres y cremas de afeitar, hasta las niñas ahora son utilizadas para tentar en el oprobioso juego de si me comprás eso te doy un beso. El cuerpo femenino desde pequeño utilizado como mercancía.

Los hombres se quejan de las minisetas que los asustan a todas horas, porque nuestra cultura siempre ha dotado de múltiples significados cada una de las partes de la anatomía femenina.

Hace 100 años las pantorrillas eran la tentación de satanás, luego las manos desnudas para las niñas de sociedad; luego el pelo corto y varonil decían que hacía a las mujeres más hombres, más arrogantes y claro, más dispuestas a la vida. Luego los brazos desnudos cuando la echaban a una de las iglesias por ofender al Santísimo con unos bracitos flacos e infantiles, y ni que decir cuando las mujeres se quitaron el velo en las iglesias, atavío árabe en esa guerra.

Los hombres se asustan ya no de faldas cortas, sino de ombligos que los ven susurrantes y pecaminosos, que les mueven sus hormonas y deseos de pe-

cados.

La culpa del cuerpo femenino es no ser igual al cuerpo masculino, creo que por eso algunas prefieren los trajes masculinos, porque se hacen la vana ilusión de que el vestido hace al monje.

Pero cuando vivimos con imágenes de partes disgregadas de cuerpos de mujeres siendo partes de otras mercancías, qué difícil es pensar que el cuerpo femenino es de una persona. Y todavía más que la mujer se sienta como un todo que armoniza con un pensamiento. Mi sexo, mi vagina, mis senos, mis piernas, mi razón, mi corazón soy yo. No un cuerpo de partes y una razón y luego un corazón.

Por eso las minisetas los agravian y son ahora las responsables en la universidad de que profesores acosen a estudiantes. Ellas, las minisetas, los tientan, ese pedazo de cuerpo femenino, un ombligo, es la respuesta mordaz de tanto profesor para sentirse acompañado en la desventura del acusado.

Todavía, como escribió Yadira Calvo, mi maestra en estas lides, la mujer sigue siendo víctima y cómplice. ¿Cuándo se nos quitará el miedo a las mujeres para decir solidariamente que el acoso existe y que no es ni debe ser parte de un mejor entendimiento entre los hombres y las mujeres?

Falta mucho aún para que el respeto sea parte de una ética colectiva en que hombres y mujeres controlen sus instintos e impere, pese a las relaciones de subordinación y de poder, siempre el respeto, y los cuerpos no sean partes enajenadas sino seres humanos compartiendo la vida.